

SEGUNDA PARTE.

I

Filosofía que suele ser el resultado de la desgracia.—Carlos abandona la quinta.—El día nublado.—Un momento de agonía.—Diana enferma.—Vanidad de la ciencia.—Raro sueño de Diana.—Pierde la razón.

“Toda mujer es vaso de veneno
Que á sus labios incanto el hombre lleva:
La más hermosa, tímida, inocente,
Es flor que abriga un áspid en su seno.
Pon á sus pies tu corazón ardiente,
Hombre insensato, de esperanzas lleno;
Cifra tu bienestar en su cariño,
Confíala tu honor, tesoro santo
Que al aire ha de esparcir hecho ceniza,
Para reir de tu candor en tanto!

“El hombre por capricho quiso un día
Planta rastrera levantar del cieno;
Altares le erigió; se prosternaba
Para adorarla: necia idolatría!
La planta al cieno en que nació tornaba:
Vivir en otra esfera no podía.

“¿Por qué vestir con oropel brillante
Esa deformidad, esa impureza,
Y un alma atribuirle y sentimiento?
El mundo antiguo, de locura exento,
A la mñjer consideraba sólo
De placer material como instrumento.

“Y luego, obrar el bien ¿de qué nos sirve
Si todos los afectos son burlados,
Si enemistad el hombre halla en la tierra
O indiferencia sólo? Da al amigo,
Al que amigo se llama, da tu mano:
Tendiéndote su diestra, con la otra
Hiere tu corazón y te asesina.
¡Oh! la amistad es cosa peregrina!

“A sí mismo bastarse el hombre debe;
Cerrar su pecho á la piedad, alerta
Permanecer contra la astucia humana;
Y, ya que manantial es de dolores
La sociedad, vivir en aislamiento,
Y anegar en la hiel de la experiencia
De lo bello y lo grande el sentimiento.”

Carlos así decía, y caminaba
La quinta abandonando.—Triste el día
Su claridad con la neblina vela:
Empapaba las hojas de los árboles
Lluvia menuda: el lago solitario
Ostentaba sus ondas cenagosas
Que no azota el alción: la golondrina
Para buscar al sol remonta el vuelo,
Pues que el invierno ha vuelto se imagina
Al ver triste la tierra, obscuro el cielo.—
Por el acerbo desengaño herido
Aquel hombre leal y generoso,
Cree que en la tierra la virtud no existe;
Huye del trato humano, y á porfía
Bebe en odiosa copa la cicuta
De una falsa y cruel filosofía.
Prosigue caminando silencioso
Y de pronto se pára. . . . De allí cerca
El sitio estaba que le vió dichoso,
Oyendo de los labios de Diana
La confesión de amor. El limonero

Que sus ramas sobre ellos extendía
Aquella noche; el dilatado lago
Que á sus pies mansamente se adormía;
El vespertino cándido lucero
Que de su amada la atención robaba;
El dulce canto que en la brisa erraba
De intérprete sirviendo al pensamiento
Que él abrigaba entonces, todo vino
A su memoria. . . . En medio del camino
Detuvo su caballo en el momento:
Con ambas manos ocultó su rostro. . . .
La fortaleza estoica no existía:
A gritos aquel hombre sollozaba
Y un torrente de lágrimas vertía.
El contemplarle así lástima daba!
Mas luego se calmó, y, avergonzado
De haber á su dolor rienda soltado,
“Esta debilidad es la postrera,”
Dijo, y de allí se aleja para siempre.
A nadie aviso de su marcha diera
En la quinta, y ahora échanle menos;
Pero á la reflexión todos ajenos
Por la terrible enfermedad que postra
A la pobre Diana, al fin le olvidan.

Toda la noche de la enferma al lado
Veló su camarista; en la mañana,
Llena de sobresalto, la abandona
Y, corriendo á llamar á la familia,
A todos con acento demudado
Que como dardo el corazón les hiere,
Dice: “Venid, venid: Diana se muere!”

Y era muy cierto. Acaso
Ya de la fiebre herida
Estaba cuando al baile
De máscara asistía.

Allí las muchas luces,
La agitación continua
De la vistosa danza
En que Diana brilla,
A su salud endeble
Fueron quizá nocivas.
El aire de la noche,
Cuando al jardín salía,
Brotar hizo en su pecho
De muerte la semilla.
La confusión, la pena
Que siente á la imprevista
Aparición de Carlos,
Con quien hablar creía,
Y las palabras duras
Que él dijo, dieron cima
A la obra destructora
De la infelice niña,
Que, sin conocimiento,
Tostadas sus mejillas
Por ardorosa fiebre,
La boca purpurina
Entreabierta, en su blando
Lecho vemos tendida.
En derredor ansiosa
Muéstrase la familia:
Palpa con mano trémula
Su frente enardecida
La madre, y, anegadas
En llanto las pupilas,
A su oído murmura:
“Diana, mi amada hija!”
Ella la voz oyendo,
Con trabajo respira,
Lanza gemido débil,
Torna á quedar tranquila:
Y de este modo pasan
Muchos amargos días.

En vano doctor grave
El pulso le examina
Y á su desierta alcoba
Confuso se retira,
Y allí selectos libros
Con avidez registra,
Hasta que su semblante
Viene á alumbrar el día.
“La enfermedad no cede,”
Exclama cuando mira
A la paciente inmóvil
Sin dar señal de vida,
Y su cabeza mueve,
Su rostro se contrista.
¡Momentos dolorosos
Para la ciencia altiva,
Que palpa la impotencia
De todas sus fatigas!
Luchando cuerpo á cuerpo
Con la dolencia impía,
Terreno aquella pierde,
Y ésta, á su vez, domina.
Ve el médico la tumba
Abrir su boca fría
Con que al enfermo amaga
Y á un tiempo á su adquirida
Reputación, que el mundo,
Dechado de injusticia,
Pídele en sus furoros
Cuenta de aquella vida,
Como si no supiera
Que si contra Dios lidia,
La ciencia de los hombres
Es vanidad, mentira!—
Fuera desdicha suma
Morir así tan niña,

Diana encantadora,
Joya de tu familia.
Si de tu edad el alba
Brillando todavía
Eras por tu belleza
Orgullo de este clima
Do, siempre en calma, el cielo
Muestra su azul cortina
Y perfumadas flores
Brotan las rocas mismas:
Si prematuro ingenio
Su aureola distintiva
Puso en tu excelsa frente,
Y ahora en agonía
Sobre espinoso lecho,
Apenas si respiras,
¿Será que el cielo quiera
Segar en flor tus días
Porque de poseerte
Juzgue á la tierra indigna?—

Entre los mil delirios
Que su cerebro agitan,
Creyóse ver Diana
Lejos de su familia
En solitario templo.
Ropa talar vestía:
Privada su cabeza
De ambas trenzas auríferas,
Bajo la toca, al suelo
Con languidez se inclina.
Del órgano sonoro
Al brótar la armonía,
Coro de religiosas
Apareció á su vista.
Tódas con vela en mano
Fórmanse luego en fila:

Sobre lecho de flores
A que se acueste obligan
A Diana, y entretanto
Con dulce voz tristísima
El canto de los muertos
Entonan á porfía.
Ella, por la salmodia
Un punto adormecida,
Abre después los ojos
Y enfrente á Carlos mira,
Que con los goces puros
De eterno amor le brinda.
Ir á su lado amante
Quisiera; mas vacila,
Y entonces á su oído
Severa voz decía:

“En vano acá en la tierra
Buscas, mujer, la dicha;
Para las almas nobles
Sólo en el cielo habita.”
Ante la cruz, confusa,
Llorando se arrodilla,
Y al Redentor consagra
Su corazón, su vida.

En este instante mismo
Crisis la fiebre hacía:
Junto á su lecho el médico
Inquieto la examina:
Sus entreabiertos labios
Moja con agua tibia:
Llámala por su nombre:
Ella la vista gira
Y á todos ve y á nadie
Conoce. . . extraña risa
La calma de su rostro
Altera convulsiva.

El médico á la alcoba
Do inconsolable habita
El padre de Diana,
Va. . . . La ansiedad se pinta
Del viejo en el semblante.
—Su vida no peligra
(Dice el doctor); tenemos,
Empero, otra desdicha,
Pues ha quedado loca
Esa infelice niña.
El viejo con las manos
Cubre su faz sombría:
Llora, y exclama: “¡Loca!
¡¡Loca mi pobre hija!”

II.

La loca en el campo.—Cántico de Gabriela.—Primeras sospechas de Fernando.
—Su juramento.

Era una mañana de Mayo: nublado
Mostrábase el cielo; dormía callado
El lago en su lecho de arena gentil;
Y á veces el viento de Norte soplaba
Y polvo y aristas al cielo elevaba,
Doblando en su tallo las rosas de Abril.

Orillas del lago, de blanco vestida,
La loca aparece: su hermano la cuida;
La siguen hermanas y madre también.
Sus rubios cabellos al aire abandona;
Tejida por ella, silvestre corona
De pálidas flores le ciñe la sien.

Sus ojos serenos, do el cielo se vía,
Hundió levemente la pena sombría,

Y azules ojeras formó en su redor:
Su frente elevada, radiante, obscurece:
La risa en sus labios, si asoma, fenece;
Perdió la viveza, la luz, el color.

En la agua serena sus flores deshoja,
Y ve cómo el agua primero las moja,
Y luego siguiendo su curso las ve:
Y así, distraída, sin gozo ni pena,
Camina ó se pára, ó ríe, en la arena
Trazando al capricho figuras su pie.

Súbito inquietóse. . . . comprime la ceja,
Sus manos estrujan su blonda madeja;
El blanco pañuelo se obstina en morder:
Señala su diestra la loma cercana,
Y, llena de enojo, reprende á su hermana,
Que, puesta á su lado, le impide correr.

Entonces, sabiendo que el canto la calma,
Le dijo Gabriela: “¿Qué quieres, mi alma,
Que cante?”—La Loca.—La Loca será.
A oirla Diana gozosa se apresta;
Su frente en el seno materno recuesta,
Y al punto Gabriela comienza á cantar.

“Vedla, vestida de nevado traje,
Destrenzado el cabello al viento da:
Por las notas de un órgano guiada,
Torna obediente al conocido hogar.

Flor que la tempestad del mundo agita,
Perdió el color, la dicha y la razón:
Cual á mansa ovejuela, un fiel criado
La trae al valle que nacer la vió.

Su mirada se clava en el vacío,
Y, los montes su mano al señalar,

Hablando á solas: “Él vendrá, murmura;
“No lo dudéis. . . me lo ofreció, y vendrá.”

Antes niña infeliz, hoy pobre loca,
Deshechos ve los sueños de su amor;
Mas se conserva su virtud sin mancha,
Porque protege á la inocencia Dios.

En los amantes brazos de su madre,
Del irritado padre ella á los pies,
Luego recobra la razón perdida;
La dicha nó, que con su amor se fué!

Mas ¿qué rumor de la montaña páрте
Que hace su pecho de emoción latir?
“María, mi María, (una voz grita)
Á enlazarme contigo vengo al fin.”

El amante aparece: á su ventura
Ella crédito dar no puede aún;
Mas él la abraza y la apellida esposa.
¡Jamás quedó sin premio la virtud!”

El cántico espira: su rostro levanta
La loca, y da un grito que á todos espanta,
Un grito que á todos el alma partió;
A poco se ríe, y luego, tranquila,
Desde una alta roca su clara pupila
Del lago en las olas brillantes clavó.

Entonces su llanto seguir refrenando
No puede, aunque lucha, su hermano Fernando,
Y exclama así, viendo la niña infeliz:
“¡Hermana querida! mi pobre Diana!
¡Oh! ¿quién al mirarte contenta y lozana,
Pensara que hubiese de verte hoy así?”

“En humo trocóse tu claro talento,
Pasó tu hermosura cual flor de un momento.
¿Es ése que vístes el traje nupcial?
¿Es ésa la casta corona de esposa?
¡Oh! más te valiera de fúnebre losa
Dormir al abrigo, dormir allí en paz.

“Mas ¿cómo tan presto turbóse su mente?
¿Dolores acerbos acaso ella siente?
¿De tanta desdicha la causa quién fué?
Terribles sospechas ha días me asaltan:
De tal laberinto los hilos me faltan. . .
¡Oh! ¡quién esos hilos pudiera coger!”

“La noche que Diana se enferma, de prisa
Auséntase Carlos y á nadie lo avisa,
Ni ahora se sabe qué rumbo tomó;
Acaso entre Álvarez y él ha mediado
Disgusto profundo por celos causado,
Que al cabo la amaban, no hay duda, los dos.

“¡Hermana, de todas la más adorada!
Fernando lo jura: serás tú vengada
Si encuentro al que infame turbó tu razón:
De toda tu dicha me habrá de dar cuenta,
La angustia pagando que horrible atormenta
Con dudas y sombras mi fiel corazón.”

III

Entrevista de Álvarez y Fernando.—El gavián se come al polluelo.—
Alivios de Diana.—El aspirante llega á ministro.

—Es muy cierto que fuí vuestro amigo
Y los dos, á cual más calavera,
Siempre juntos matamos el tiempo
En alegre inmoral francachela.